



# ANTONIO DAL MASETTO

**Cita en el  
Lago Maggiore**

Así que no solo imputaciones venían hacia el padre desde el pasado. Volvía la permanencia de un vínculo, de una alianza que se había prolongado en el tiempo pese a todo, y que el recuerdo de las trenzas rescataba como pocos otros. Venía, en ese primer amanecer juntos en su pueblo, la evidencia, la certeza, de que aun aquello que pudiera parecer perdido, lo aparentemente extraviado, desechado, había permanecido vivo, y resurgía ahí, reeditado entre esas montañas, vigente, para que se pudiera decir: todo regresa si encuentra el sitio y el momento adecuados que abran la posibilidad del llamado y el rescate. ¿Y qué más volvía hacia él? Volvía el agradecimiento de que aquello hubiese ocurrido alguna vez y también el agradecimiento por haber recuperado el silencio y la serenidad que los rodeaba y sentirse vivir y tener conciencia de ello y saber que el día era suyo, que era de ambos. El hijo y la nieta de Ágata, el entrañable personaje de *Oscuramente fuerte* es la vida y *La tierra incomparable*, protagonizan un tercer regreso al pueblo de Tarni en esta novela inédita que completa la saga. Convertidos por derecho propio en el padre y la hija, el vínculo entre ellos es tan importante que ni siquiera necesitan nombres propios. Y es tan fuerte que logra tender puentes entre el pasado y el presente, de reunir la infancia de uno y otra; de anular, con la fuerza de los recuerdos doblemente ciertos por la transmisión del padre a la hija y la recreación de la hija para el padre, la distancia de espacio y tiempo entre Italia y la Argentina, a través de medio siglo. Cierre y cumbre de una trilogía, *Cita en el Lago Maggiore* está llamada a convertirse en un nuevo clásico de la literatura argentina, con el sello magistral de Dal Masetto.

*A todos los que volvieron  
buscando lo que ya no estaba.*

*Quel mazzolin di fiori  
che vien dalla montagna.*

# 1

Desde chiquita la hija solía repetir que el día que visitara Italia por primera vez quería hacerlo de la mano de su papá. Cuando decía Italia se refería en realidad al pueblo piemontés a orillas del lago Maggiore desde el que la familia había emigrado después de la guerra. De aquel pueblo sabía lo que le contaban la abuela, la tía, a veces también el padre. Pero eran especialmente la tía y la abuela las que la ilustraban cuando viajaba desde la Capital y pasaba los meses de verano con ellas, el tío y los primos, en la localidad de provincia donde vivían. Motivada por un nombre, un proverbio en italiano, una canción de su juventud que la abuela entonaba a media voz sentada en el banco del frente de la casa, la nena volvía sobre el tema. Quería saber.

En el garaje de aquella casa estaba el gran baúl venido en el barco a través del mar, una atracción para la hija. Había de todo ahí: dos candelabros fabricados por un bisabuelo, una lámpara de techo regalo en la boda de los abuelos, un molinillo para moler café, cuadritos con paisajes, la vieja máquina de coser desarmada, un huso para hilar lana, una caja con las estatuillas del pesebre conservadas intactas, otra caja con los adornos del árbol de Navidad, una capa de lluvia para chicos, una muñeca, cortinas al crochet, sábanas de lino, cuchillos, tenedores y cucharas de alpaca, un sombrero de hombre y otro de mujer, una tijera de podar, un cascanueces un poco torcido de tanto uso, una zapa sin mango. La lista era larga.

La hija había revisado muchas veces ese baúl, conocía las historias de todos esos objetos, pero aun así en cada vi-

sita su curiosidad se renovaba y volvía a abrirlo. Entonces, lo mismo que después de las canciones de la abuela, de los proverbios, exigía precisiones, mayores detalles, con la curiosidad y el asombro y el disfrute del niño que no se cansa de escuchar la voz que evoca para él, reiteradamente, aventuras de un mundo fantástico.

—Un día iremos juntos —le decía el padre.

—¿Cuándo? —preguntaba ella.

—Un día, pronto.

—¿Prometido?

—Prometido.

La hija había nacido en Buenos Aires en 1976. El fatídico 1976 del golpe militar que causó tanto dolor y tantas muertes. Pasó el tiempo. La hija fue creciendo. Quedaron atrás los setenta y sus horrores, quedó atrás la niñez de la hija, fue transcurriendo la adolescencia. La promesa seguía sin cumplirse.

Mientras tanto al padre se le habían presentado dos posibilidades de viajar a Italia. Las dos habían sido invitaciones a raíz de libros que había publicado, en especial un par de ellos, dos novelas que narraban la vida de una familia de emigrantes. La primera invitación, de una fundación de la ciudad de Perugia. La otra, de la ciudad de Lucca. Pasajes y breves estadías pagas. Las aprovechó. Eran sus primeros regresos después de aquella partida en el barco a los doce años. En ambas ocasiones hizo una escapada al pueblo.

Y la promesa a la hija siguió en suspenso.

Antes de cumplir los veinticinco años, en abril de 2001, ella le comunicó que partiría a España. Y no como turista. Sino a intentar algo nuevo, a probar suerte. Se fue con su pareja de ese momento, un muchacho de su edad. Era la época en que muchos jóvenes emigraban expulsados por la crisis económica.

El padre los llevó en taxi al aeropuerto de Ezeiza. Al verla subir la escalera mecánica y perderse arriba, después de

un último saludo con el brazo en alto, se acordó una vez más de la promesa no realizada.

En el camino de regreso el padre no pensó en otra cosa: la hija allá arriba volando rumbo a Europa y él acá corriendo por la autopista hacia el departamento en el centro de la ciudad con su deuda incumplida.

Al cabo de una breve estadía en Madrid la pareja decidió trasladarse a Palma de Mallorca. En Palma, la hija trabajó primero como recepcionista en una clínica y luego en una empresa de *catering*. Escribía con frecuencia, enviaba *mails*, hablaban por teléfono, lo mantenía informado. Había comenzado los trámites para revalidar en España su título de instrumentista. Se la notaba entusiasmada.

Apenas unos seis meses después el padre cobró inesperadamente algo de dinero, no mucho pero sí lo suficiente como para ir a visitarla y emprender aquel viaje al pueblo italiano que nunca habían podido realizar juntos. La misma tarde del cobro la llamó y le dijo que iría a buscarla, que volaría ya mismo, que arreglara sus cosas.

Habló con una amiga que trabajaba en una agencia de viajes, consiguió un pasaje para tres días después y armó la valija. A qué se debía esa urgencia, lo ignoraba. Una urgencia que era casi desesperación. Tal vez sintió que le quedaba una última ocasión, que si no la aprovechaba se perdería definitivamente la posibilidad de ir a su pueblo de origen con aquella pequeña que quería conocer Italia de la mano de su padre. Porque hasta ese momento, para él, ella seguía siendo la misma nena de entonces.

Tomó el avión en Ezeiza en octubre de 2001, un mes después de los ataques del 11 de setiembre a las Torres Gemelas. Algún conocido le había preguntado si no le daba miedo viajar con tantos rumores de atentados. No le preocupaban los rumores. Ni lo contagió el clima de alerta que era evidente en la seguridad del aeropuerto. Aunque cuando el avión levantó vuelo lo fue invadiendo una creciente inquietud. No por posibles atentados. Ni siquiera

una vez había pensado en eso. Se trataba de otra cosa, una inquietud, por decirlo de algún modo, positiva, que lo excitaba bien. ¿Qué era? Había hecho antes esos otros dos viajes al pueblo, ¿qué cambiaba ahora?

Poco a poco creyó saber que esa fiebre que lo acompañaba era una vieja conocida, venía de lejos, muy lejos, tanto que le costaba identificarla. Había ahí algo así como una suerte de euforia de infancia recuperada, una disponibilidad y un afán saludables. Tal vez un vago regreso del chico que él había sido y sus horizontes que no tenían límites y sus expectativas y sus ansias de descubrimientos y la sensación de absoluta libertad. ¿Se trataba de eso?

Entonces, ahí, alerta, agazapado en el asiento del avión, él era otra vez un chico que iba a enfrentarse con una aventura, que se aprestaba a ingresar en un territorio nuevo. Y la aventura, lo imprevisible del territorio en el que incursionaría, estaban determinados por la presencia de la que sería su compañera de camino, su hija.

Aquello siguió con él durante toda la travesía sobre el Atlántico. Y también después, en el aeropuerto de Barajas, donde tuvo que soportar una demora de cinco horas para la combinación a Palma de Mallorca y recorría los interminables pasillos del aeropuerto y echaba automáticas miradas a los tableros con los horarios de los vuelos y los grandes relojes redondos suspendidos.

Por fin volvió a embarcar. Una hora más tarde estaba esperando la valija junto a la cinta transportadora y, a través de una puerta que se abría y se cerraba todo el tiempo, vio a su hija que lo había detectado y le hacía señas desde el otro lado de un vidrio.

## 2

La hija le había reservado habitación en un pequeño y simpático hotel en el corazón de la ciudad, una zona de callejuelas por las que no pasaban coches. Le dijo:

—Los días en este hotel son un regalo mío. Después, cuando volvamos, buscaremos algo más económico, voy a hablar con gente amiga, quiero que te quedes todo el tiempo posible.

El padre se registró, dejó el bolso y fueron a conocer el departamento donde ella vivía. Eran dos habitaciones, cocina y baño en un sexto piso que compartía con una pareja de argentinos. En el dormitorio de la hija había una sola cama de una plaza. Ella le explicó cómo se organizaban con sus compañeros para las compras de alimentos y cuánto pagaban de alquiler. No era caro. Todos los restantes departamentos del edificio estaban ocupados por africanos. Cuando bajaron para salir a caminar encontraron a seis de ellos parados en la puerta de entrada, hablando fuerte en su idioma. Mientras andaban la hija le fue mostrando esto y aquello. Pese al tránsito, las mesas en las veredas de los bares ocupadas por turistas, gente entrando y saliendo de los negocios, al padre le agradó el clima de calma que transmitía la ciudad. Así se lo comentó a la hija. Llegaron a la costa y tomaron café en un bar en el extremo de un espigón. Tenían agua por tres costados. Se habían sentado uno al lado del otro, de cara al horizonte, para disfrutar de la bajada del sol sobre el mar.

—¿Cómo me ves? —preguntó ella—. ¿Cómo me encontrás?

Él le dijo que bien, que la veía firme, decidida, segura de sí misma.

—Sí —dijo ella—, me siento bien, resolví muchos problemas sola, problemas nuevos, situaciones en las que no tenía experiencia, y salí adelante. Estoy contenta por eso.

Él le preguntó por el muchacho con el que había partido.

—Está en Málaga.

—¿Qué hace en Málaga?

—No sé. Se terminó.

—¿Cuánto hace que se fue?

—Dos meses después del viaje. Llegamos y todo empezó a funcionar mal.

—¿Y ahora en qué anda tu vida?

—Hay algo nuevo. Es casado. Me gusta. Me lleva algunos años. Me hace bien, me estabiliza. Es la primera vez que me meto con un tipo casado. En cualquier momento se separa. No por mí, la relación viene mal desde hace rato. De todos modos nunca me duran demasiado. Temprano o tarde siempre se acaba. Parece que no soy fácil de aguantar.

—Ya aparecerá uno que te dure.

Ella lo tomó del brazo, se inclinó, se apretó un poco contra su hombro, hizo un mohín.

—Tendría que parecerse a mi padre.

Él había girado la cabeza para mirarla y tardó en hablar.

—¿Te estás refiriendo a mí?

—¿Cuántos padres tengo?

Rió.

Él se sintió halagado. Al mismo tiempo la consideración de la hija volvía a traerle, en avalancha, todos los errores cometidos a lo largo de su existencia. Eran muchos, le pesaban cuando por alguna razón se sentía impulsado a realizar un balance. Se esforzó, sin demasiado éxito, por rechazarlos y tratar de quedarse con el elogio.

—¿Y vos cómo estás? —preguntó ella.

—Bien.

—¿Qué más?

—Nada más.

—Siempre me decís que bien. Solamente eso: bien. Parece que nunca te pasa nada, nunca te preocupa nada, nunca te duele nada.

—Soy un hombre afortunado.

La hija sonrió y sacudió la cabeza.

—No me contás, no sé nada de tu vida.

—No hablo de mí.

—Está bien, pero de vez en cuando podrías esforzarte por hacer una excepción con tu hija querida.

Ahora fue el padre quien la tomó del brazo, apretó un poco, la soltó.

—¿No te parece? —insistió ella.

Él asintió subiendo y bajando la cabeza varias veces, reflexivo, pero no volvió a contestar y se quedó mirando el mar. El tema no daba para más o más bien él se resistía a que diera para más, y terminó ahí.

Cenaron en un barcito cerca del departamento donde la hija vivía y cuyos dueños eran de Mar del Plata. Se acoplaron unos cuantos argentinos más. Se armó una mesa de ocho, diez. Varios eran compañeros de la hija en la empresa de *catering*. El padre charló con algunos de ellos. Le comentaron sobre la gran cantidad de jóvenes argentinos que habían recalado en la isla, los diferentes trabajos que hacían. Por lo visto eran muchos más de los que el padre se había imaginado. Mientras escuchaba a esos muchachos y chicas se preguntaba qué hubiesen pensado sus abuelos, bisabuelos, aquellos que habían partido de Europa en los barcos para ir a probar fortuna en América, antes de la Primera Guerra Mundial, antes de la Segunda Guerra Mundial, después de la Segunda Guerra Mundial. Miles y miles y miles de hombres y mujeres que se habían deslomado en la tierra y en las fábricas, y habían formado una familia y habían levantado una casa y habían hecho estudiar a los hijos,

qué hubiesen pensado ahora ante esta emigración al revés, qué hubiesen pensado de un país en el que se habían sacrificado tanto y que terminaba expulsando a sus nietos, bisnietos, tataranietos.

Recorrió aquellas caras, alegres, distendidas, en apariencia despreocupadas. Se dijo que para estos muchachos y muchachas, ahí y en tantas partes de Europa y del mundo, también se trataba de una etapa de renovación, de esperanzas. Pero en algo no era lo mismo para los nuevos desterrados, ahora se viajaba en avión, cuestión de horas, las distancias habían cambiado, en los tiempos de los barcos las partidas eran para siempre. El padre había conocido aquella otra distancia, absolutamente insalvable, de los sitios perdidos, los sitios en los que había transcurrido la niñez, allá en el fondo del tiempo. Su viejo templo de nostalgia. Era el mismo templo de todos aquellos abuelos y bisabuelos de los barcos. Tan lejano, inasible, irrecuperable. Los dos regresos del padre al pueblo no le habían servido para reintegrarse a nada. Conocía el sabor del desencanto. Por eso algunos de aquellos abuelos, bisabuelos, al final de sus vidas, cuando tuvieron oportunidad de viajar y visitar su lugar de origen se habían negado a partir, intuían qué los esperaba del otro lado, no querían enfrentarse con la gran desilusión. Ahora él se disponía a volver una vez más. Pero, lo mismo que en el avión, seguía sintiendo que el hecho de ir con su hija convertiría este regreso en diferente de los anteriores.

Fueron tres días en Palma. La hija había comenzado su licencia el mismo día de la llegada del padre. Siguieron recorriendo la ciudad. Visitaron algunos museos, la Fundación Miró, la catedral, un mercado, un castillo sobre un cerro al que llegaron trepando por una escalinata que no terminaba nunca. A cualquier parte donde fueran el idioma que más se oía, además del español, era el alemán. Al fondo de las calles siempre estaba el mar uniforme y arriba el cielo limpio. Cenaban en el mismo sitio. Después de comer

el padre regresaba hacia el hotel. No era lejos, quizás unas veinte cuadras. Se desviaba un poco para bajar hasta el paseo marítimo y caminar en la suave brisa nocturna, entre la hilera de palmeras y el oscilar de los mástiles de las embarcaciones amarradas. Luego se apartaba de la costa y penetraba en el barrio donde estaba el hotel. Las callejuelas se animaban cuando oscurecía con el ir y venir de gente que acudía a los numerosos restaurantes y bares, abiertos como cuevas en las altas paredes antiguas. Cruzaba entre la multitud acompañado por la tentación de meterse en el estruendo de una de las cuevas y pedir una copa de alcohol. Hacía años que no tomaba alcohol. No podía permitirse tropezar ahora. Ya frente al hotel, se detenía un momento para girar la cabeza y echar una última mirada hacia aquel mar de gente moviéndose en la luz tenue de los faroles y sentir que, una vez más, había superado la prueba. Subía a su habitación que era absolutamente blanca. Las paredes eran blancas, las puertas, los muebles, la colcha de la cama, los tapizados de los sillones, las baldosas del piso. Se frenaba al ingresar, tanta blancura le imponía respeto, se sentía un intruso, obligado a avanzar con cautela, casi en puntas de pie. Pensaba: ¿este sitio es el trampolín de algo? ¿Un lugar de iniciación, de purificación antes del salto? Se acostaba, apagaba el velador y, los ojos abiertos en la oscuridad, seguía dándole vueltas a esas ideas de la purificación y el salto, hasta que el sueño se lo llevaba.

### 3

Partieron. Durante el vuelo la hija habló de sus planes en Palma; por el momento estaba decidida a quedarse, el lugar le agradaba, cuando le revalidaran el título de instrumentista muchas cosas cambiarían, ¿no le gustaría a él venirse a vivir a Mallorca?, no de inmediato, pero tal vez en algún momento más adelante podría considerarlo, ¿qué le parecía?

A medida que hablaba se iba entusiasmando cada vez más con la posibilidad de la venida del padre y siguió con el tema durante un largo rato: él podría hacer esto y lo otro para arreglar sus cosas allá en la Argentina y después hacer esto y lo otro para acomodarse acá en España y después y después y después. Iba encontrando soluciones para todo. El padre conocía esos arrebatos suyos y sabía que no tenía sentido intentar frenarla, no lo conseguiría, así que la dejó decir.

Finalmente ella calló y se quedó mirándolo, como si fuera posible una respuesta inmediata.

El padre solamente dijo:

- Tendría que analizarlo muy bien.
- Sería bueno estar cerca. ¿No te parece?
- Sería bueno.
- ¿Estarías dispuesto a pensarlo?

Le contestó que sí. Pero era un sí que no quería decir nada. De todos modos el entusiasmo de la hija lo dejó pensando. Le gustó que se lo propusiera.

En el aeropuerto de Malpensa averiguaron que había un ómnibus que los llevaría a la estación central de Milano. Debían apurarse si querían tomarlo. Salieron a la calle a paso rápido y les preguntaron de dónde partía ese ómnibus a dos policías jóvenes que estaban parados al borde de la vereda, conversando, de espaldas a ellos. Uno, girando un poco la cabeza, sin mirarlos, sin hablar, señaló una plaza con un gesto que denotaba más fastidio que intención de informar. Resultó tan evidente que la hija preguntó si todos eran tan descorteses por esos lados.

—Solamente en Milano —contestó el padre.

Alcanzaron el ómnibus justo en el momento en que estaba por partir. Antes de que llegaran a sentarse ya había arrancado y tomaba velocidad. Corrieron por una autopista con mucho tránsito, bordeada por campos y bosques desdibujados en la neblina. No fue un viaje corto. El padre miraba por la ventanilla y sentía que todavía no habían pisado tierra firme, que seguían en tránsito, no podía volverse hacia su hija y decirle: «Llegamos».

El ómnibus los dejó a unos doscientos metros de la estación. Había un tren para el pueblo dentro de dos horas. Sacaron boletos después de esperar detrás de una japonesa joven, con cara de desesperación, que parecía haberse extraviado y no lograba hacerse entender por el empleado. Subieron la escalinata que llevaba a los andenes. Abajo, arriba, la estación era un hormiguero. Se sentaron en un bar. Estaba lleno. Había mucho ruido. En la mesa de al lado una pareja mayor protestaba casi a los gritos por el atraso de su tren, el camarero discutía con el empleado que estaba detrás de la barra y que demoraba demasiado los pedidos. Cuando por fin los atendió pidieron una gaseosa y un café.

—Bueno, ahora estás en Italia —dijo el padre—, empezás a estar.

—Sí —dijo la hija.

En el bar había un televisor. Pasaron imágenes de las Torres Gemelas. El padre las había visto cantidad de veces, en Buenos Aires, en Palma y ahora acá: aviones estrellándose, torres incendiándose y derrumbándose, cuerpos humanos arrojándose al vacío. Echó una rápida mirada alrededor. La gente observaba masticando su sándwich, rasgando el sobre de azúcar para el café, con un interés distante, aparentemente privada de asombro o cualquier tipo de emoción, atrapada apenas un momento, solo un momento, por la grandiosidad de la escena lejana y pasajera, un episodio más de los tantos, reales o de ficción, que cada día llenaban de violencia las pantallas de los televisores.

A las torres siguieron imágenes de un accidente en cadena en una autopista, la paliza a un africano por parte de una patota, la llegada a Fiumicino de una estrella de cine, la entrevista a un futbolista. Anunciaron que a continuación, después de los comerciales, pasarían sus tres goles del último domingo. Entonces, con los goles, la gente en el bar pareció demostrar más interés y en varias mesas hubo movimientos de sillas para ubicarse mirando la pantalla.

La hija señaló unas cabinas telefónicas, fuera del bar.

—En algún momento tendré que hacer algunos llamados a Palma.

El padre sacó del bolsillo un billete de diez euros y se lo dio:

—Allá, en aquel quiosco de diarios, andá y pedí una tarjeta telefónica para llamadas internacionales.

—¿Cómo la pido?

Le explicó. Ella escuchó una sola vez, memorizó, repitió mentalmente moviendo los labios, se levantó y caminó decidida a través de la gente. La vio parada frente al quiosco, esperando su turno, había dos personas delante de ella. Pensó que estaba orgulloso de su hija. ¿Se lo había dicho alguna vez? Seguramente no. Ni siquiera insinuado. Hubiese bastado tan poco, un par de frases. Las palabras adecuadas jamás habían sido pronunciadas. Sintió el deseo impe-